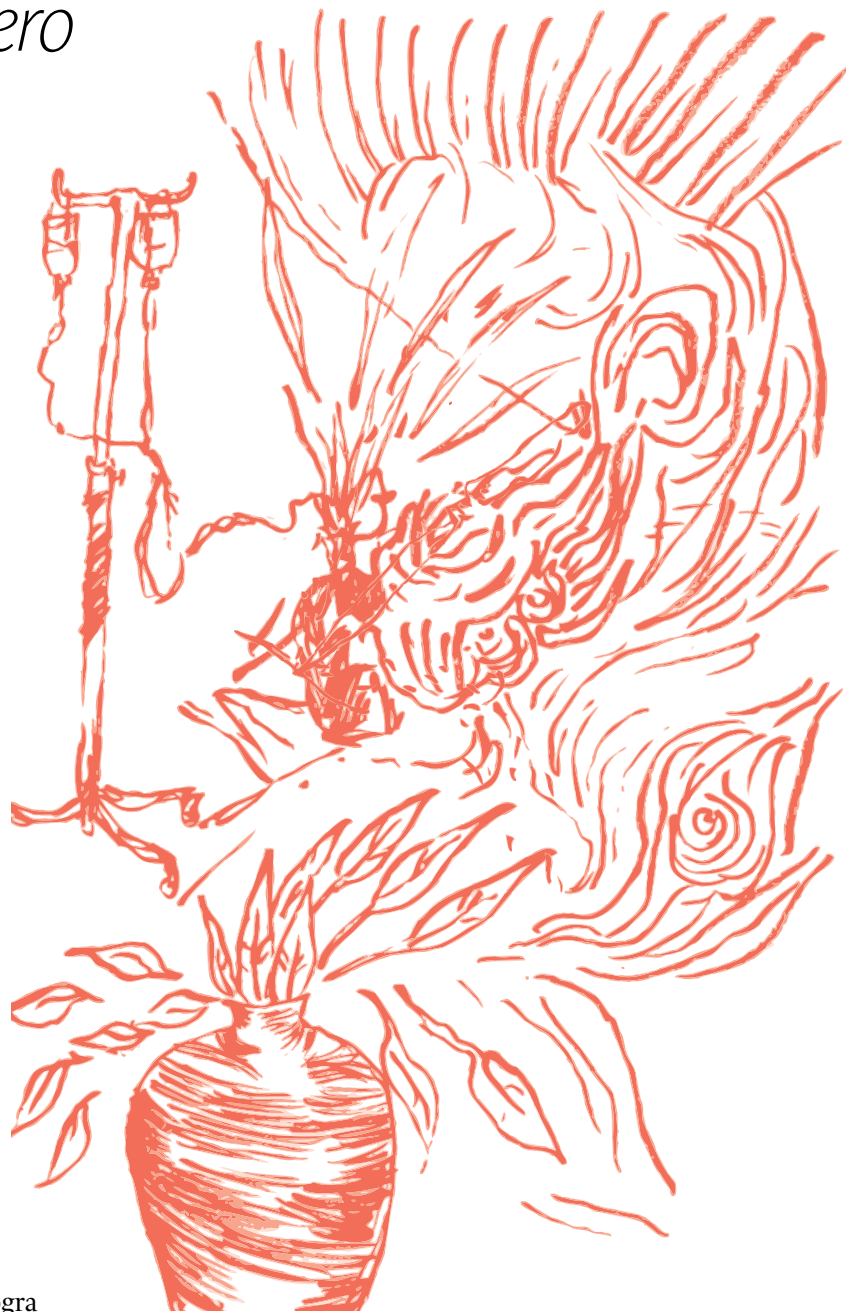


Naturaleza muerta / Casa del desespero

María Baranda

ESTE ES UN LIBRO RARO Y, POR ESO, ÚNICO. Es común que el trabajo de una poeta se junte con el de una pintora, lo que es distinto es que cada una le dé nombre a su trabajo de diferente manera pero que, a la vez, logre establecer un diálogo con la otra. La idea de dos títulos le da al libro una ruta de lectura: se puede leer a ambas pero también a cada una.

Naturaleza muerta de Mónica Mansour está dividido en veintidós partes y habla de la muerte de la madre en una historia narrada de varias formas, lo que produce un acercamiento desde distintos puntos de vista entre madre e hija. “Toda muerte deja una herencia”, dice la filósofa María Zambrano. Mónica Mansour parece saberlo y desde ahí logra trazar un mundo íntimo y sustancial ligado a la vida mediante la muerte. Esa herencia que se recibe se transforma en una mezcla de recuerdos y memorias que poco a poco va dejando ver esa vida que traspasó a quien la llora. Con la poeta asistimos al proceso de muerte que se desgaja verso a verso ante nuestros ojos:

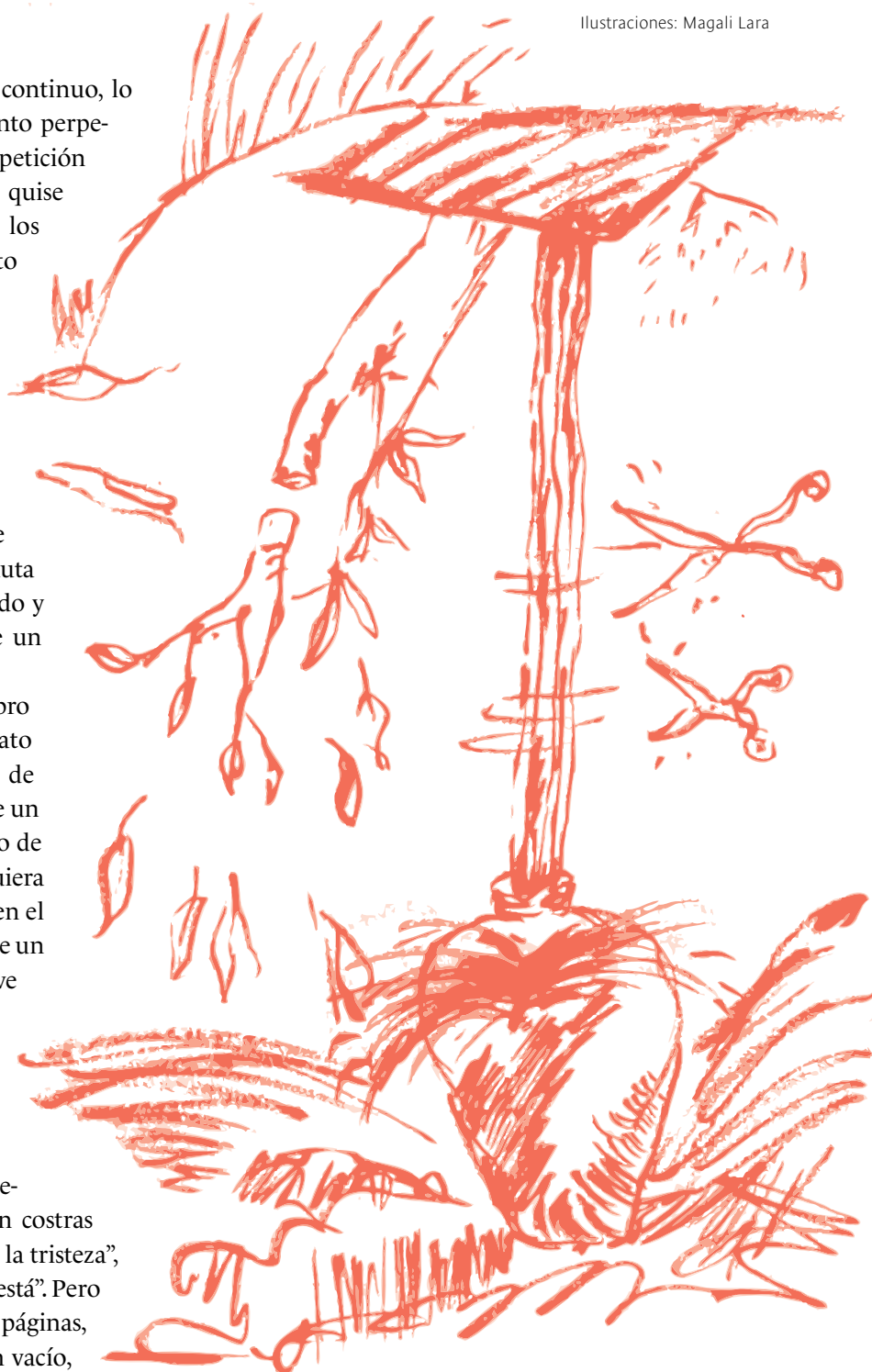


Es mi madre y está muriendo
nunca aprendí a hablar con ella.

Ilustraciones: Magali Lara

El tiempo del poema es un presente continuo, lo que consigue anclarnos en un momento perpetuo en el que suceden las cosas. La repetición de ciertos versos como el de “siempre quise que muriera” con el que comienzan los primeros poemas tensiona a tal punto la historia que logramos entrar en lo constante de esa muerte. Poco a poco la autora desenvuelve ante nosotros un cuerpo quieto, quebradizo, con la piel ajada, mudo, triste, rancio, asfixiante pero que funciona como punto de confrontación que la obsesiona y desconcierta hasta lograr que los poemas se apuntalen en la fina pauta del dolor. “Con cierto brillo difuminado y una pátina de tenues colores / parece un bodegón / una naturaleza muerta”.

El recorrido de voz a lo largo del libro trata de asumir la necesidad del relato como sitio de salvación, como lugar de fuga en donde lo que se dice es parte de un dolor implícito en quien habla. “Hablo de algo trivial o del clima/ algo que no requiera respuesta/ escucha y calla”. La muerte en el poema no es estática, es la posibilidad de un espejo que proyecta vida, que la mueve y que juega con el doble que siempre ofrece la imagen como si fuera una pregunta que se desplaza hacia los sentidos, como si el poema pudiera olerse, tocarse, escucharse, verse: “huele a cremas y perfumes/ huele a canela con jengibre”, “le aparecen costras manchas llagas”, “la cara paralizada en la tristeza”, “los ecos y resonancias de quien ya no está”. Pero más allá de lo *dicho* o *contado* en estas páginas, nos encontramos con la versión de un vacío,



esto es, de una muerte no superada pero que busca un discurso para hacerse posible. *Naturaleza muerta* es un libro de breves páginas que inquietan al lector, que lo acercan a eso que está dicho o expuesto de una manera clara y directa, como la muerte misma, con una lúcida conciencia de la temporalidad de la vida, donde se explora ese doloroso horizonte de la pérdida con una contención muy necesaria y una franqueza que sucede en el límite de la escritura y que denota que Mónica Mansour está dispuesta a asumir los riesgos al hablar de una situación que la involucra. Y es gracias a ello que el libro resalta y conmueve, capta una voz interior única hasta lograr estremecer, no de una manera sentimental, sino más por asumir un vacío en la existencia. *Naturaleza muerta* es un libro que verifica uno de los temas

centrales de la poesía: el de la ausencia. Y lo hace de una manera que desata, extraordinariamente, el imaginario.

Por otra parte, los dibujos de Magali Lara, titulados *La casa del desespero*, son noche pura y dilatada, campo abierto para la imaginación y su lugar secreto. Sus trazos obligan a mirar a fondo con la precaución de quien se para en el centro mismo de un coliseo. No hay circo, sin embargo, sino una multitud invisible que acecha en cada orilla de la página. El combate que se libra no es el del gladiador contra los leones, sino el de una simple mujer que dice, gime, grita contra la muerte misma. Hay un mundo permanentemente rojo y creciente que se eleva para caer a tierra. Cada dibujo es colérico y vociferante, estalla a plena luz del alba, vence más allá del discurso y se limita a los detalles más diminutos: una cuerda, unas tijeras, un tallo, gotas de sangre absoluta. Sus dibujos son un corazón que late fuera del tiempo, devoran todo. Magali Lara extrema el silencio: lo hace suyo. No da respiro. Anda a pasos largos y a saltos como si tuviera que salvarse de esa casa donde habita el desespero. Encuentra y recoge, llena la tierra recién arada. Al final, antes de cerrar la puerta, corta a fondo, como si fuera el principio, quizás el acto mismo de una verdad inversa: romper, romper con todo. ■

Mónica Mansour / Magali Lara
Naturaleza muerta / Casa del desespero
México, UAM (El pez en el agua)
2014, 49 pp.

